

Raíces en el equipaje

• REGINA VOGT BREHM

(Continuación)

FRAGMENTO V

TRABAJO EN EL KAMI, 1916

En la Empresa Minera del Kami trabajan doscientos cincuenta hombres. No existe ningún tipo de maquinaria, lo cual en cierto modo implica menos problemas. El tungsteno, o también llamado wolframio, es muypreciado en la industria armamentista. Un quintal del concentrado cuesta quinientos marcos, y ocupa muy poco espacio (un pequeño saco), pues el material es pesado. El mineral se encuentra diseminado en un laberinto de túneles, y se extrae con relativa facilidad. Dadas estas condiciones, no es de extrañar que los obreros se hayan especializado en el robo de mineral. Se sentían copropietarios de la mina y trabajaban en gran parte para su propio bolsillo. En las cercanías de la mina se había formado una especie de pueblo sobre el cual Patiño no tenía tuición, porque no era parte del campamento minero. En ese lugar, el tungsteno circulaba en lugar de dinero y existía toda una red de contrabandistas establecidos, tolerados sin mayor problema por las autoridades (que de paso también tenían parte en el negocio).

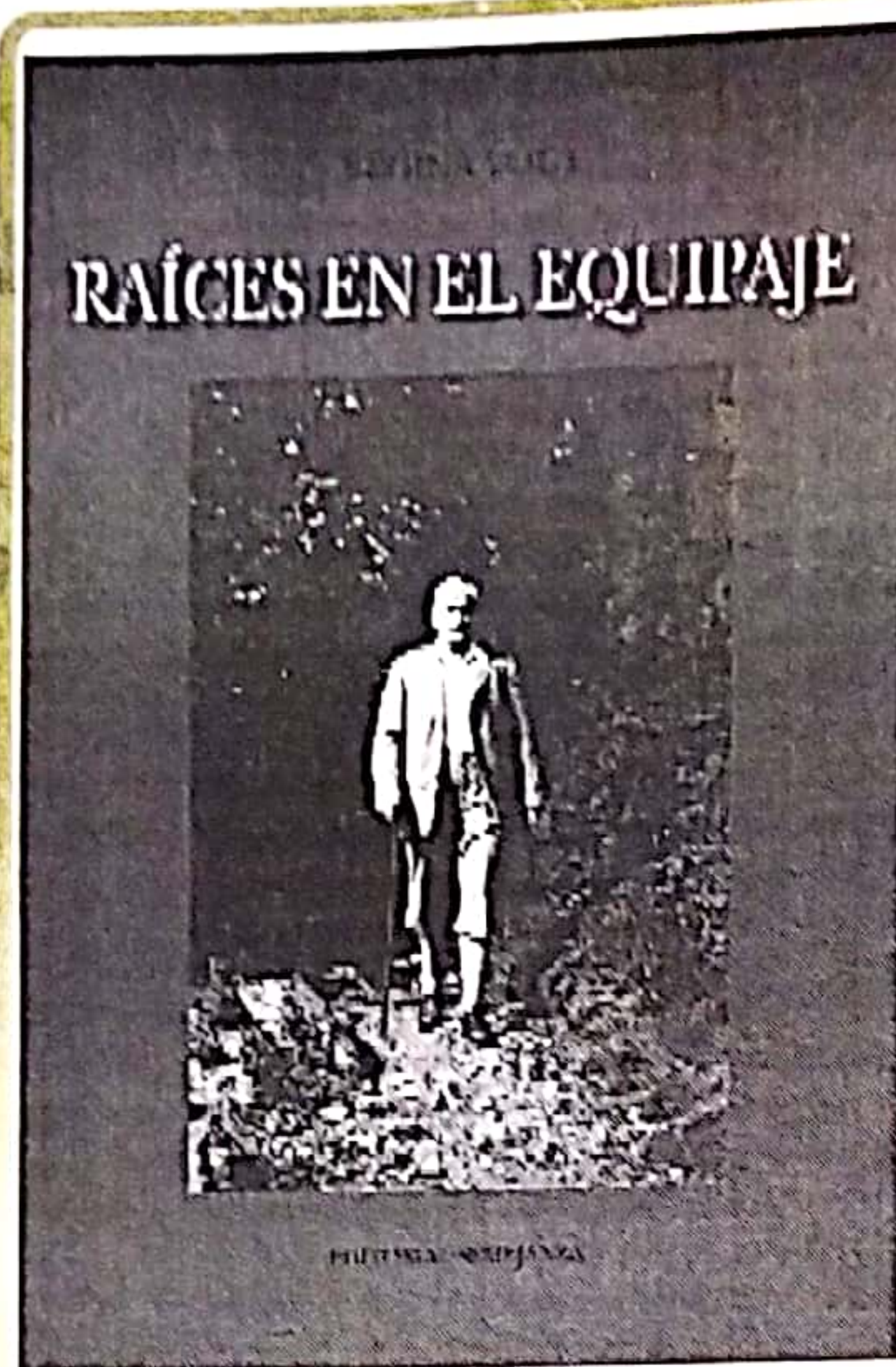
Mi decisión de terminar con estas irregularidades fue muy mal recibida, no sólo por parte de los trabajadores y contrabandistas, sino también por mis propios empleados. Ellos incitaban a los obreros para que se sublevaran, y así comenzó una guerra sin cuartel. Un día, los mineros con sus mujeres llegaron en masa a protestar frente a mi casa; gritaban toda clase de improperios en mi contra, me amenazaban con piedras y dinamitazos. En lugar de sentir miedo, reaccioné con furia: casi no lograba dominar mi indignación. La injusticia es algo que siempre me ha llenado de cólera; y mi rabia superaba cualquier temor. Mientras escuchaba los gritos de "gringo explotador, traidor, vendido", mis manos parecieron independizarse y me encontré de súbito empuñando mi rifle. Con una serenidad increíble me acerqué a la ventana.

"Abrir y disparar", pensé. Pero en esos momentos llegó el corregidor, desesperado por los gritos y la muchedumbre. Sabía muy bien que esta situación podía tener un trágico desenlace, y no era conveniente para la mina ni para el pueblo seguir con esta pugna. Su figura logró apaciguar, por un instante, los caldeados ánimos; y en ese silencio retumbó su voz profunda:

- ¡Están a punto de perder su trabajo y una gran oportunidad de aumento de sueldo! ¡Dejen que el gringo ponga orden en este lugar, y verán cómo prosperará!

Los mineros se miraron asombrados. La posibilidad de mejor salario no se les había cruzado por la mente; menos aún, mejorar sus condiciones de trabajo. La iniciativa del corregidor fue mi tabla de salvación; y me agarré de ella con todas mis fuerzas. Logré que Patiño les subiera el sueldo; después de demostrarle lo mucho que podría producir su mina bien administrada. También se les darían otros beneficios, como bonos de producción; y se comenzaría la construcción de un policlínico. Por fin, la rencilla terminó. He aprendido que es necesario ganarse el respeto y la confianza de los obreros; y así podremos trabajar muy bien. De todos modos, no descansa hasta haber identificado a los instigadores, y los despidieron. La mina ahora está doblando su producción y los gastos bajaron a un tercio. Así, Patiño está ganando mucho dinero en el Kami, y yo me hice notar. Al bajar a Oruro me doy cuenta de que soy una persona respetada y admirada ahora. Mi nombre se ha hecho conocido en los círculos mineros. Tanto, que los ingleses me querían poner en la lista negra. Pero Patiño protestó enérgicamente y logró su objetivo gracias a que el gobierno inglés compra toda su producción de tungsteno. Esto me apena bastante: saber que va a ser utilizado en contra de mis hermanos alemanes es triste. Sin embargo, si yo no estuviera en este puesto, otro lo haría; y así al menos puedo darle trabajo a mayor cantidad de alemanes.

Al releer todas estas páginas de mis antiguos diarios, los recuerdos brotan sin poder detenerlos. Recuerdo que en la mina del Kami permanecí tres años y medio; lo más que he soportado estar en un mismo lugar. Amé ese cerro como a ningún otro. Todavía me pregunto en qué habrá consistido la magia que ese lugar ejercía sobre nosotros. Es difícil describir el majestuoso paisaje que se nos ofrecía cada mañana, al salir de nuestras viviendas. El cerro se alza imponente sobre laderas de bosque selvático. Es un coloso de rocas que se aferra sólo por uno de sus cuartos costados al resto de la cadena montañosa. Se empina sobre abismos vertiginosos, desde donde sube la brumosa humedad de la selva, como el vapor de una caldera. Solitarios cóndores planean sigilosos sobre las pendientes, buscando los restos de animales que se despeñan en aquellos peligrosos lugares. Aguas plomizas se confunden con las rocas, y sólo sus gritos penetrantes permiten notar su presencia carroñera. Es un mundo indómito y ajeno; un círculo cerrado y excluyente: sólo nuestras miradas pueden adivinar algo de su vida; pero está vedada a nuestros pasos. Abajo, la selva bulle. Exuberantes flores trepan por las laderas; las encienden de rojo, amarillo y anaranjado. Entre los árboles titilan picaflores, lanzando destellos tornasolados y vibrantes trinos, que parecen quedar suspendidos en el aire. Bandadas de loros multicolores cruzan la selva



con sus gritos insistentes. Es como si hicieran alarde de su belleza, y nuestra vista queda prendada de ellos. En las profundidades del bosque también habita el peligro: serpientes y arañas se deslizan silenciosas entre el verdor. Innumerables mosquitos son temidos, por ser presagios de enfermedad.

El carácter de los habitantes del Kami también era tan indómito y fascinante como su naturaleza. Eran capaces de amar y de odiar con gran intensidad. Muchas veces los conflictos se solucionaban a balazos, sin que los crímenes fuesen aclarados. Después de mucho tiempo supe que mi cabeza tenía un precio, y sólo gracias a que me hice respetar a tiempo, logré salvarme. Los obreros me querían mucho, puesto que los remuneraba bien, de acuerdo a su rendimiento. Siempre trabajé codo a codo con ellos; nunca rehusé subir a ningún lugar, por peligroso que fuera. Y cuando hubo una terrible epidemia de tifus, yo mismo ayudé a cuidar a mis hombres, junto con el único paramédico que logré conseguir. Fue a raíz de esta epidemia, que por fin comenzó la construcción del policlínico, que tanto había prometido Patiño. Durante aquella enfermedad, el carpintero del campamento no daba abasto, construyendo ataúdes de madera. Nunca olvidaré las risas y silbidos estremecedores de los enfermos, que deliraban en sus sueños febriles.

Además de la relación de trabajo, me fueron uniendo lazos de amistad con los obreros. Fui padrino en tres bautizos, a pesar de que traté de negarme, aduciendo mi religión protestante. Poco les importó, era mucho mayor la atracción que ejercía sobre ellos la posibilidad de aparecer con un padrino alto y gringo en la ceremonia. Mi último

ahijado era el retoño de un indio quechua, que no sabía una palabra de español. Pero jamás vi un compadre tan cariñoso y lleno de orgullo. ¿Qué será de mis ahijados ahora? Nunca más los volví a ver.

La posibilidad de una relación amorosa en aquel lugar tan remoto era bastante difícil. No niego que era costumbre tener aventuras con las mujeres disponibles (novias o esposas de los mineros), pero no estaba en mí el hacerlo. Gracias a que nunca me enredé con alguna de ellas, siempre mantuve mi autoridad intacta. Pero la soledad era muy grande, y yo, un hombre joven, que apenas bordeaba los treinta años. De modo que, casi sin proponérmelo, un día me encontré muy cercano a mi cocinera. Entablamos una relación bastante especial: creo que ella me amaba de todo corazón, y yo también llegué a tenerle mucho cariño. Mi Plácida fue como una geisha para mí; me agasajaba, se sentaba a mis pies para escuchar mis relatos; y siempre me tenía algún bocadillo preparado con dedicación. ¡Pobre Plácida! Nunca olvidaré sus ojos serios, llenos de la más profunda tristeza, cuando le dije adiós. No lloró, porque su orgullo de india no se lo permitía. Mi corazón le estará eternamente agradecido, puesto que pasé muy gratos momentos a su lado, y en tantas ocasiones me hizo olvidar la nostalgia y soledad que a veces me invadían. Mucho me habría gustado volverla a ver algún día; pero poco después de mi partida, el virus de la gripe acabó con su vida.

De todos mis trabajos, el que realicé en el Kami fue el que más me llenó de orgullo y gozo. Significó mi consagración como ingeniero; me dio la fama que me acompañó durante los años posteriores. Pude demostrar que era capaz de sacar a flote una mina mal administrada y hacerla rendir al máximo. Para ello efectué un arduo trabajo de mediciones, y estudié la topografía del lugar. Esto no era nada fácil, dadas las características del cerro. Pasé días enteros recorriéndolo, muchas veces con grave peligro de caerme. Sin embargo, estos recorridos eran lo que más disfrutaba: me permitieron conocer a fondo la maravillosa naturaleza del coloso andino. A veces añoro ese silencio surcado de cóndores, el aire tan puro que parece doler al penetrar en el pecho, esas quebradas profundas y lejanas. Recogí tantas piedras y fragmentos de minerales, que ya no sabía dónde atesorarlos. Mi pequeña pieza parecía más un museo mineralógico que un dormitorio, y mi cocinera se vio muy confundida al tratar de poner allí un poco de orden. Por las noches a menudo me dedicaba a contemplar mis reliquias: todas tenían un significado especial, según el lugar donde las había encontrado.

Para poder llegar con mayor facilidad al yacimiento, hice construir un socavón de más de mil metros de profundidad. Además, ordené la construcción de una línea férrea de tres kilómetros, por medio de la cual sería transportado el mineral. La supervisión de todas las obras, más el trabajo administrativo para el cual nunca tuve ayuda suficiente, desgastaron bastante mi salud. Comencé a sufrir de una úlcera gástrica, que sería mi fiel acompañante en años posteriores.

(Continuará)

REGINA VOGT BREHM
Santiago de Chile